



Se lo diré mañana

Eva Jiménez Jurado

«Mañana... se lo diré mañana», le dijo mirándola a los ojos. Ella bajó su mirada, asintió y no dijo nada, aunque, sabía en lo más profundo de su ser, que ese mañana, anhelado y prometido día tras día, no llegaba.

Él le sostuvo la barbilla, la besó y abandonó la casa. No hubo más palabras, no eran necesarias, ambos conocían las respuestas a esas preguntas tantas veces planteadas.

Cuando subió a su coche, arrancó el motor, encendió la radio, pero fue incapaz de ponerse en marcha. Su corazón latía agitado, golpeaba su pecho gritando «¡ya no puedo más!». Esta situación no debía prolongarse por más tiempo. Todo era demasiado doloroso, la felicidad se le escapaba entre los dedos y no era capaz de retenerla, si no tomaba una decisión, finalmente terminaría perdiendo esa nueva oportunidad que le brindó la vida.

En la radio sonó una canción de los 90, «¡Por Dios!, ¡cuánto ha llovido!», pensó. De repente se encontró vagando por una fiesta en la que se sentía un extraño, la gente bebía, bailaba y reía, pero él se sentía solo. Al fondo del gimnasio, apoyada en la pared con un vaso en la mano, estaba ella, radiante, hermosa. Se había soltado la cola de caballo y su melena rubia resplandecía bajo las luces de colores. Allí empezó todo.

No eran más que dos niños ansiosos por beberse la vida y la vida los terminó ahogando. Por momentos la corriente se hizo tan fuerte que luchar contra ella fue imposible. Se vieron

envueltos, casi sin darse cuenta, en una boda forzada, en un mundo de pañales que les venía grande y en el que ninguno de los dos llegó a ser completamente feliz.

Habían pasado los años, él la quería. ¿Cómo no quererla? Era la madre de su hija, su compañera, pero no la amaba. Sus días, cada vez con más frecuencia, se llenaban de reproches, pero él aceptaba sumiso que era lo que le había tocado vivir, hasta que un día, camino a casa, se despistó con el móvil y embistió a una ciclista.

A la bicicleta no le pasó nada, a ellos les cambió la vida. La acompañó hasta su casa pues estaba un poco dolorida. Acostumbrado a los silencios prolongados, de repente se vio envuelto en una sonrisa charlatana. Quizás fueron los 40 minutos más felices desde hacía mucho tiempo. Cuando ella le propuso tomar un café en el bar de abajo, no lo dudó, la calidez de su mirada lo reconfortaba como nunca nadie lo había hecho.

Dos años desde aquello, dos años repitiendo el mismo mantra: «Se lo diré mañana». Pero el miedo lo atenaza, quiere estar con ella, está enamorado, es feliz a su lado, sin embargo, sabe que destrozará a su mujer y su hija, y eso le impide reunir el valor para dar el paso.

Pero no importa, el valor llegará mañana.